

Periodistas de papel

LA NOVELA CONTEMPORÁNEA, DESDE MIGUEL STROGOFF A MILLENNIUM, PASANDO POR EL AMERICANO IMPASIBLE, SIENTE UNA PARTICULAR FASCINACIÓN POR LOS ASPECTOS MÁS LUMINOSOS Y SOMBRÍOS DEL PERIODISMO.

Y ahora –preguntó Harry Blount-, ¿qué vamos a hacer de nuestra libertad? –¡Abusar, pardiez! –respondió Alcide Jolivet.”

Miguel Strogoff, Julio Verne, 1876.

El francés Alcide Jolivet y el inglés Harry Blount fueron mis primeros periodistas de novela. Periodistas de carne y hueso, los tenía en la familia: mi padre y mi padrino lo eran. Pero aunque les envidiaba a mis mayores que trasnochaban mucho y se levantaban tarde, el periodismo que la Granada franquista les permitía ejercer no resultaba atractivo para un chaval de 12 años. En cambio, lo de Jolivet y Blount era distinto: los dos corresponsales acompañaban las peripecias de Miguel Strogoff, el correo del zar, desde Moscú a Irkutsk, en plena invasión tártara de Siberia. Aquello sí que era una aventura, máxime cuando los héroes tenían que enfrentarse a las traicioneras añagazas del coronel Ivan Ogareff.

Publicada en 1876, Miguel Strogoff, la novela de Julio Verne, describe así el trabajo de Jolivet y Blount: “Verdaderos *jockeys* de la carreras de obstáculos de la información, saltaban vallas, atravesaban ríos y sorteaban todas las dificultades”. Verne retrata al corresponsal francés y a su colega inglés como unos tipos que lo miraban todo con ojos bien abiertos, no paraban de hacer preguntas y anotaban constantemente en sus libretas. Cuando tenían algo nuevo y relevante que contar, galopaban hacia la oficina de telégrafos más cercana para enviar sus crónicas a París y Londres.

La búsqueda de la exclusiva no impedía que Jolivet y Blount fueran unos caballeros: por ejemplo, mantenían el secreto de la identidad de Miguel Strogoff después de haberla descubierto. El sagrado respeto debido a los hechos tampoco les impedía tener sus propios puntos de vista sobre lo que estaba ocurriendo en Siberia. Cuando, hacia el final de la novela, envían a sus periódicos sendas buenas crónicas sobre la batalla de Irkutsk, Jolivet comenta: “Es necesario conmoverse para conmovier”.



Por JAVIER VALENZUELA

Periodista y escritor, dirige tintaLibre y es autor del blog *Crónica Negra*. Trabajó 30 años en El País como corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington, y también fue director adjunto de ese diario. Mandela, Mitterrand, Arafat y Bush son algunos de los políticos a los que ha entrevistado. Ha publicado ocho libros periodísticos, entre ellos *Usted puede ser tertuliano* y *De Tánger al Nilo*. Su último título es *Crónicas quinquies* (2013, Libros del KO).

Hace siete lustros que me gano la vida como periodista y supongo que eso también se debe a aquella lectura infantil de Verne, al atractivo aventurero de mis dos primeros corresponsales de ficción. Siempre he considerado nuestro oficio como uno de los más novelescos que pueden ejercerse en estos tiempos, como una de las variedades hoy posibles del “pirata cojo con pata de palo y parche en el ojo” de la canción de Joaquín Sabina. La propia literatura, desde el siglo XIX hasta las ferias del libro de este verano de 2013, lo ve así. No es disparatado afirmar que sólo las figuras del espía, el policía y el detective privado superan a la del periodista como protagonista o actor secundario importante en la ficción contemporánea.

¿Y qué es un periodista? Pues un hombre o una mujer que busca historias reales que contar, las escribe a toda velocidad y se parte la cara por transmitirlos de inmediato. Aunque, bueno, también podría decirse de otra manera, de la manera que lo dijo Mark Twain, que antes de novelista fue un buen reportero: periodista es un fanfarrón fracasado que recalca en un periódico en su camino hacia el geriátrico.

En la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, el periodismo fue crucial en la formación del espíritu democrático estadounidense. El editor Joseph Pulitzer (1847-1911) definiría su función social: el de ese Cuarto Poder que, en nombre de la ciudadanía, vela para que los políticos, los banqueros, los empresarios, los policías y los militares no abusen demasiado. Por su parte, los cuentos de Mark Twain (1835-1910), repletos de periodistas cínicos y tiernos, rebeldes y engreídos, borrachuzos y justicieros, intrépidos y liantes, serían decisivos en la creación de la imagen colectiva de los practicantes de este oficio.

Quizá el mayor defecto de algunos periodistas es que están demasiado pagados de sí mismos. Considerándose héroes intachables al servicio de una misión sagrada, no aceptan la menor crítica ni a su oficio ni, aún menos, a sus personas. Ni tan siquiera cuando meten la pata, lo que, lamentablemente, ocurre con cierta frecuencia. Es posible que esos cole-

gas no hayan leído –o no hayan leído bien– la mejor novela jamás escrita sobre el mundo del periodismo: *iNoticia bomba!* (*Scoop*), del humorista inglés Evelyn Waugh.

Publicada en 1938, *iNoticia bomba!* arranca con Lord Copper, un magnate de prensa de Fleet Street, enviando por error a cubrir una guerra civil en un país africano al columnista de temas campestres de su diario, el *Daily Beast*. La víctima del error, el desconcertado John Boot, entra en las oficinas del dueño del periódico (“aquí las alfombras eran más gruesas, las luces más suaves, las expresiones de la gente más preocupadas”) y Lord Copper le explica: “Al público británico no le interesan las guerras que acaban siendo interminables y donde ningún bando parece capaz de decidir el resultado. Unas cuantas victorias aplastantes, algunos actos de valentía y heroísmo por parte de los Patriotas, y una pintoresca y animada entrada en la capital. Esta es la línea editorial del *Beast* para esta guerra”.

Esta tronchante sátira del periodismo engreído y sensacionalista continúa cuando, tras salir del despacho de Lord Copper, Boot le pregunta al jefe de Internacional del *Beast* quién lucha contra quién en Ismailía, y recibe esta respuesta: “Creo que son los Patriotas contra los Traidores”. Una vez en la capital del imaginario país africano, Boot se encuentra con que los corresponsales de guerra están todos alojados en el mismo hotel (“preferían estar cerca los unos de los otros y vigilar así sus respectivos movimientos”). Pronto descubre que constituyen una tribu de golfos que no está dispuesta a que la realidad les arruine una crónica espectacular.

Los veteranos le cuentan a Boot las mejores anécdotas del “legendario” Wenlock Jakes, un corresponsal norteamericano que dio la noticia del hundimiento del *Lusitania* cuatro horas antes de que ese buque fuera alcanzado por los torpedos. En otra ocasión, le dicen al novato, Wenlock Jakes fue enviado a cubrir una revolución en una capital baleárica, y esto es lo que ocurrió: “Se quedó dormido en el coche-cama, se pasó de estación, no se enteró de su error, salió, se fue directamente a un hotel y mandó por cable una crónica de

10 folios sobre las barricadas, las iglesias en llamas, las ametralladoras que respondían como un eco al teclear de su máquina de escribir, mientras un niño yacía muerto, como una muñeca rota, al pie de la ventana de su habitación”.

Boot recibe un cursillo acelerado de periodismo por parte de una tribu encantada de haberse conocido. Así le explica uno de sus miembros la esencia del oficio: “Podemos llamar a la gente a cualquier hora del día o de la noche, entrometernos en sus casas sin que nadie nos haya invitado, forzarles a que nos contesten a toda una serie de preguntas estúpidas cuando querían estar dedicándose a cualquier otra cosa más urgente... y siempre les gusta”.

He sido corresponsal en cuatro continentes, he cubierto alguna que otra guerra y doy fe de que las cosas satirizadas en la novela de Waugh siguen ocurriendo. Jefes que, desde la redacción central, te piden que cuentes una historia que tú, sobre el terreno, no encuentras ni con lupa; corresponsales que firman crónicas emocionantes desde lugares donde no están; enviados especiales que se consideran los protagonistas estelares del asunto que cubren; ese tipo de cosas. Pero también doy fe de que son casos minoritarios y de que la gran mayoría de los corresponsales que he encontrado aquí y allá eran gente tan honesta como los Jolivet y Blount de Miguel Strogoff.

En cualquier caso, Gore Vidal dijo una vez que *iNoticia bomba!* era el libro más divertido que jamás había leído. “Lo releo cada año”, informó. Los periodistas deberíamos hacer lo mismo: es una estupenda cura de humildad.

REPORTEROS Y DETECTIVES

Para novelistas y cineastas, la figura del periodista tiene, al igual que la del policía o el detective privado, una ventaja muy interesante: les permite retratar toda una sociedad. Los periodistas tienen acceso a todo el mundo: a políticos y marginados, a gánsteres y jueces, a millonarios y trabajadores. Aún más, no sólo abarcan la realidad desde las alcantarillas a los palacios, sino que pueden transformarla con su trabajo.

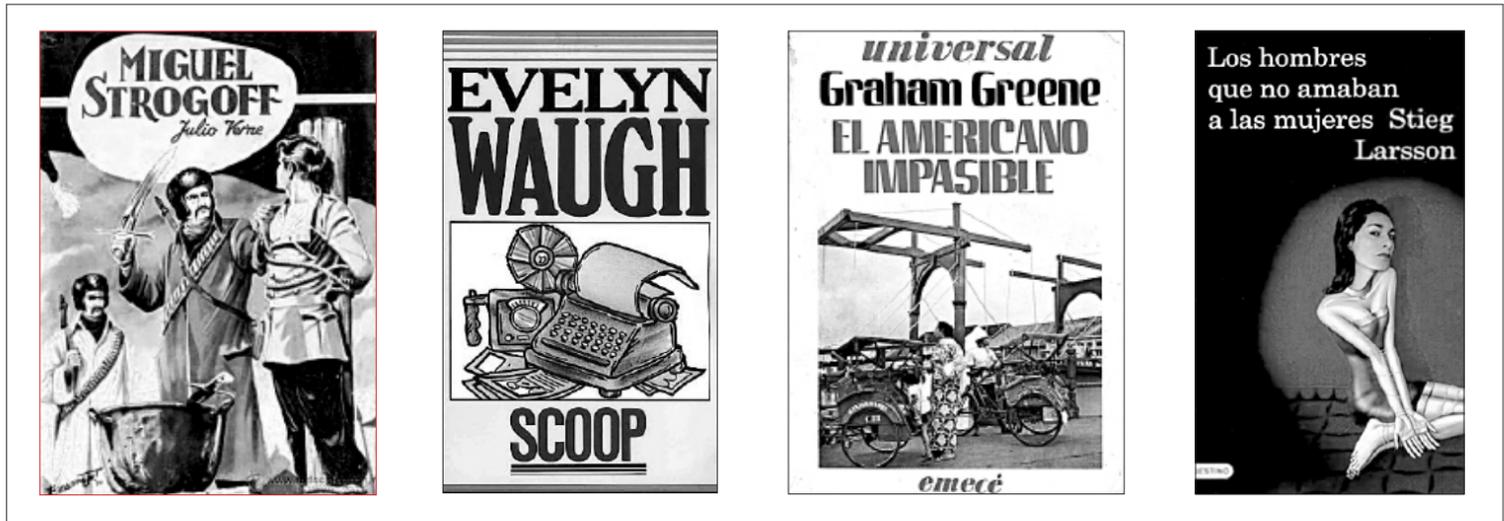
Lector infatigable de Raymond Chandler desde mi primera juventud, siempre me ha encantado el que, en *El largo adiós* (1953), Chandler haga explícita la simpatía del detective privado Philip Marlowe por el periodista Lonnie Morgan, que trabaja para el Journal, el último diario independiente que queda en Los Ángeles. Morgan es el único que espera al detective cuando sale de pasar varios días en comisaría, y, aunque sabe que no va a sonsacarle la menor información, se toma

la molestia de llevarlo a casa en su coche. Más adelante, Marlowe confiará en Morgan para filtrarle un documento policial explosivo, y éste y su director, otro periodista de raza, tendrán lo que hay que tener en este oficio para publicarlo por mucho que fastidie a los amos de la ciudad.

En esa novela, Marlowe se las tiene que ver asimismo con Harlan Potter, un multimillonario que es dueño de una cadena de periódicos y uno de esos amos de la ciudad. Lo mejor

a simpatizar con unos o con otros: “Que se pelearan, que se amaran, que se asesinaran, yo no pensaba complicarme. (...) Escribía lo que veía; no actuaba; hasta una opinión es una especie de acción”. Tal es su posición inamovible a lo largo de tres cuartas partes de la novela.

Pero, al final, las actividades privadas y profesionales de Pyle sacuden de tal modo el mundo de Fowler que el periodista, aunque sea por legítima defensa, termina implicán-



que Marlowe puede decir de Potter es que no tiene el menor remordimiento a la hora de usar sus diarios y sus influencias en las altas esferas para ocultar aquellas informaciones que le desagradan y para aplastar a los que se entrometen en su camino. Inspirado en la figura de William Randolph Hearst (Ciudadano Kane), el personaje del editor de diarios que gana dinero a espaldas y teje una tupida trama mafiosa de cuello blanco con políticos, jueces, empresarios y banqueros, también es un personaje habitual del thriller literario y cinematográfico estadounidense.

Muchas otras obras del género negro usan a periodistas en papeles aún más destacados por una razón obvia: un reportero metomentodo es el sustituto natural de un detective. O de un espía. *El americano impasible* (1955), de Graham Greene, está protagonizada por Thomas Fowler, un veterano corresponsal de guerra inglés afincado en Saigón que cubre la rebelión de los vietnamitas contra el colonialismo francés. Fowler desea casarse con la joven Fuong, que ha reverdecido su vida afectiva y sexual, cuando la llegada a la ciudad del americano impasible, Alden Pyle, trastoca su vida.

El lector no tarda en descubrir que Pyle es un flamante agente de los servicios secretos estadounidenses que tiene la misión de crear en Vietnam una tercera fuerza independiente tanto de los franceses como de los rebeldes comunistas. Es el primer paso de lo que sería la sustitución en Indochina del colonialismo de París por el de Washington.

Para un periodista, uno de los aspectos más interesantes de la novela de Greene es el debate sobre el compromiso. Fowler pretende ser un mero testigo de la sórdida guerra que se libra en Vietnam, se niega explícitamente

Para los novelistas y cineastas la figura del periodista es interesante porque permite retratar la sociedad

dose: “Tarde o temprano –dijo Heng, y me recordó al capitán Trouin en el fumadero-, uno tiene que elegir partido si quiere seguir siendo humano”.

TOMAR PARTIDO

Seguir siendo humano: esa es la cuestión. ¿Puede un periodista renunciar a su cerebro y su corazón? ¿Puede pretender ser una máquina, actuar como una mera grabadora o una cámara? La supuesta equidistancia, el decir que no se toma partido entre los que son más víctimas y los que son más verdugos, suele ser el camuflaje de los que han optado por ponerse del lado de los poderosos.

Nuestro siglo XXI sigue produciendo historias novelescas de periodistas que buscan la verdad enfrentándose a los amos del cotarro y asumiendo así graves riesgos personales. Por ejemplo, las de la trilogía *Millennium*, escritas por un periodista sueco, Stieg Larson (1954-2004), especialista en denunciar las tramas fascistas en su país y sus conexiones con los poderes políticos y financieros.

Protagonista de esta exitosa trilogía *noir* es un periodista de ficción, Mikael Blomkvist, al que pronto acompañará en sus pesquisas la singular Lisbeth Salander, uno de los personajes literarios femeninos más interesantes de las últimas décadas. El Blomkvist que entra en escena en la primera novela de la trilogía, *Los hombres que no amaban a las mujeres*, acaba de ser condenado judicialmente por una información falsa. Al periodista se le han jugado, le han tendido una trampa. “Lo que más le dolía”, escribe Larson sobre los sentimientos de Blomkvist, “era la humillación. Tenía todas las de ganar, pero, aún así, perdió contra un gánster de medio pelo con traje de Armani. Un maldito y canalla especulador bursá- ➤➤

til. Un yuppie con un abogado famoso que se había pasado todo el juicio con una burlona sonrisa en los labios. ¿Cómo diablos podían haberle ido tan mal las cosas?”

Blomkvist debe abandonar la revista Millennium para que esta pueda preservar su credibilidad. Pequeña, artesanal, insobornable, una de las originalidades de Millennium es que, a diferencia del resto de la prensa sueca, no se limita a buscarles las cosquillas a los políticos, perdonándoles la vida por sistema a los empresarios y banqueros. Así se cuenta en la novela: “La ecuación era sencilla: un director de banco que pierde cientos de millones en disparatadas especulaciones no debe conservar su puesto de trabajo. Un empresario que se dedica a negocios con empresas tapadera debe ir al trullo. El dueño de una inmobiliaria que obliga a los jóvenes a pagar una pasta en dinero negro por un cuchitril con retrete en el patio debe ser expuesto al escarnio público. Mikael Blomkvist opinaba que el cometido del periodista económico era vigilar de cerca y desenmascarar a los tiburones financieros que provocaban crisis y que especulaban en chanchullos con los pequeños ahorros de la gente. La misión del periodista consistía en controlar a los empresarios con el mismo empeño inmisericorde con el que vigilaban el más mínimo paso en falso de ministros y diputados”.

Publicadas justo antes de la actual crisis económica, las novelas de Larsson son una guía para entenderla. Nuestras democracias han sido desnudadas: los que mandan de verdad no son los políticos elegidos en las urnas, sino los que mueven el dinero.

Vi la película *La sombra del poder* (*State*

Nuestras democracias han sido desnudadas. No mandan los políticos elegidos, sino los que mueven el dinero

of play, 2009) y leí la novela *La oscuridad de los sueños* (*The Scarecrow*, 2011) antes de formar parte del nutrido paquete de periodistas despedidos de El País en noviembre de 2012. Ya no me hacía entonces la menor ilusión sobre mi destino: veterano, caro y rebelde, tenía todas las papeletas para formar parte de la primera ejecución masiva de periodistas en el diario para el que trabajaba desde 1982. Lo que me sorprendió gratamente en esas dos obras, y en otras más, fue la rapidez con la que la ficción estadounidense ha incorporado los últimos temas candentes en el mundo del periodismo: el desconcierto y la decadencia de los dinosaurios del papel; la toma del poder por parte de los tiburones financieros, las empresas multinacionales y los banqueros acreedores; sus torpezas descomunales a la hora de intentar incorporarse a la modernidad digital; el regalo en Internet de los contenidos de calidad de las ediciones impresas; el holocausto de veteranos y su sustitución por jóvenes mal pagados y condenados a la tarea de Sísifo de actualizar las ediciones online...

En forma de *thriller*, el norteamericano Michael Connelly aborda estos asuntos en *La oscuridad de los sueños*. La novela no es gran cosa, pero su segundo capítulo recrea bastante bien ese ambiente de un *Titanic* alcanzado ya por el iceberg que se respira en las redacciones de los viejos grandes diarios.

“Con los constantes cambios en la propiedad y la gestión, y las persistentes reducciones de personal y presupuesto, el periódico se estaba pareciendo cada vez más a un ataúd de pino”, reflexiona Jack McEvoy, el protagonista de la obra. A McEvoy le comunican que le quedan dos semanas como periodista de sucesos en Los Angeles Times: el diario está despidiendo a mansalva para rejuvenecer y digitalizar su redacción. Pero antes de que lo pongan en la calle y vaya a ahogar sus penas en vino tinto, McEvoy investigará un asunto a la vieja usanza: yendo al lugar de los hechos y hablando con sus protagonistas.

No me arrepiento de haber escogido este oficio que también fue el de mi padre y mi padrino. De haber trabajado en otra cosa, no hubiera podido estar en tantos lugares diferentes ni haber conocido a tanta gente interesante. El periodismo me ha dado la vida de aventuras con la que soñaba de pequeño y, aunque no me haya hecho millonario, me ha permitido llegar a fin de mes durante siete lustros.

No sé si nuestros sucesores en el oficio podrán seguir haciéndolo si los empresarios del sector siguen empeñados en regalar el fruto de nuestro trabajo. Ya desde mi lectura infantil de Miguel Strogoff tuve claro que el periodismo se paga y se cobra. Lean, por favor, el siguiente párrafo de la novela de Julio Verne:

“-Son ustedes libres, señores –respondió Ivan Ogareff– y siento curiosidad por leer sus crónicas en el Daily Telegraph.

-Señor –contestó Harry Blount con su más imperturbable flemma–, cuesta seis peniques por número, además del franqueo”.



DAILY PLANET

Con el nombre de Clark Kent, Superman es periodista en la vida civil, un reportero bastante torpón del Daily Planet, mucho peor, en todo caso, que su novia, Lois Lane. Pero, en otoño de 2012, se supo que Clark Kent abandonaba voluntariamente el Daily Planet, el periódico en el que trabajaba desde finales de los años 1930. Lo hacía, declaró, para preservar su independencia y después de que un gran tinglado multimedia se hubiera hecho con el Daily Planet, imponiendo una línea editorial contraria a “la verdad, la justicia y el estilo de vida americano”.

Esta divertida noticia, tan de ficción como el personaje Superman, confirmó el estrecho seguimiento que el cómic, la novela y el cine norteamericanos efectúan al mundo del periodismo desde hace décadas. Hollywood, en concreto, ha producido decenas de filmes consagrados al Cuarto Poder.

Imposible citarlos todos. En un miniciclo sobre el asunto no podría faltar *Ciudadano Kane* (*Citizen Kane*, 1940, Orson Welles), la biografía del magnate de la prensa estadounidense William Randolph Hearst, un retrato descarnado de la insaciable sed de poder y riqueza que hoy aún sigue adueñándose de los grandes mogules de la comunicación, y de la profunda miseria moral y personal a la que eso les conduce.

También sería imprescindible *Luna nueva* (*His*



Girl Friday, 1940, Howard Hawks), la segunda versión cinematográfica de la obra teatral *The Front Page*. En este filme, el director de un periódico (Cary Grant) consigue engañar a su exmujer (Rosalind Russell), periodista de profesión, para que, en vez de casarse con otro hombre, cubra la información sobre el caso de un anarquista condenado a muerte. En

1974 Billy Wilder hizo una tercera adaptación a la gran pantalla de *The Front Page*. Titulada en España *Primera plana*, esta divertidísima sátira de la prensa sensacionalista cuenta con Walter Matthau en el papel de director y Jack Lemmon en el del reportero.

La cara más honesta y comprometida del periodismo ha sido reflejada tanto en filmes clásicos como en contemporáneos. En *El cuarto poder* (*Deadline USA*, 1952, Richard Brooks), Humphrey Bogart es el director de un periódico que, en el eterno dilema profesional entre mandarlo todo al diablo o buscarse problemas por defender la verdad, opta por lo segundo. Al igual que hicieron en la vida real Bob Woodward y Carl Bernstein, los investigadores del caso *Watergate*, cuyo trabajo en el Washington Post fue reflejado en el cine por Robert Redford y Dustin Hoffman en *Todos los hombres del presidente* (*All the President's Men*, 1976, Allan Pakula).

Más recientemente, Russell Crowe, en *La sombra del poder* (*State of play*, 2009, Kevin Macdonald), vuelve a encarnar al periodista para el que la verdad está incluso por encima de la amistad. En esta ocasión, el veterano y analógico Crowe y la joven y digital Rachel McAdams terminan aliándose frente a políticos corruptos, empresas siniestras de la seguridad privada y hasta sus nuevos patronos en el diario. Ay, así son los periodistas. J.V.